

Entrevistas

Tras la pista de los novísimos

Una conversación con el escritor Ronaldo Menéndez.
Por Laura Redruello. Revista *La Gaceta de Cuba*, 2007

Hace casi veinte años que una nueva promoción de jóvenes cuentistas, bautizada por Salvador Redonet Cook como "los novísimos", introdujo nuevos rasgos escriturales en el panorama literario cubano. Se trataba de un grupo de jóvenes escritores nacidos a partir de la década de los 60, exentos del traumatizante dogmatismo político que circunscribió (propongo: de los imperativos políticos en que se formaron) a pasadas generaciones de artistas. Estos autores --Rolando Sánchez Mejías, Daniel Díaz Mantilla, Jorge Ángel Pérez, Alejandro Aguilar, Alberto Garrido, Ronaldo Menéndez, Raúl Aguiar o Yoss, entre otros-- eran los llamados "hijos de la utopía", y por lo tanto también los hijos de la crisis económica, de la caída del socialismo real, de la pérdida de valores sociales y morales y del desencanto. Todos ellos trajeron a la literatura una visión más contestataria, más despreciada y también más violenta. El grupo, desde las letras, cuestionaba las utopías y los mitos, mostraba una mirada diferente hacia la violencia con caras más metafóricas o mitológicas y revelaba una profunda indagación de las deformaciones del presente y de la vida política social. A nivel estilístico manifestaban una atracción por el minirelato, los textos fragmentarios, los juegos intertextuales y la utilización de los procedimientos de la sátira, el absurdo y el humor negro (Redonet 22). Algunos de ellos emigraron a Latinoamérica, Estados Unidos o España. Otros se quedaron en la Isla. Casi todos siguieron escribiendo.

Ronaldo Menéndez es uno de los escritores de esta generación que más reconocimientos literarios ha obtenido, dentro y fuera de Cuba. En los años 90 obtuvo dos premios en Cuba con sus libros de cuentos *Alguien se va lamiendo todo*, Premio David 1990, y *El derecho al pataleo de los ahorcados*, Premio Casa de las Américas 1997. Su tercer libro de relatos titulado *De modo que esto es la muerte*, ganó el premio Lengua de Trapo 2002 cuando el escritor ya residía en Perú. Entre medias publicó su primera novela *La piel de Inesa*, que recibió el Premio Lengua de Trapo de Narrativa en 1999.

Menéndez acaba de presentar en Madrid, ciudad donde ha fijado su residencia, su obra *Las bestias*, con la que incursiona en el género de la novela negra. *Las bestias* relata la historia de la crianza de un cerdo en la bañera de la casa de un patético profesor de instituto. Claudio Cañizares, el protagonista y mediocre maestro, descubre por azar que hay dos hombres que quieren matarlo. Ni Claudio ni el lector imaginan el motivo de esa amenaza y el papel que el cerdo tendrá en la trama. A través de una prosa que intenta captar de manera natural el carácter dinámico del cine y donde domina la ironía y el humor negro, Ronaldo Menéndez se adentra en la historia del complot para mostrarnos cómo la violencia expresa a los seres humanos mejor que muchos otros actos. *Las bestias* no ofrece respuestas ni se hace preguntas, simplemente nos remite a una situación de injusticia y de crueldad donde las zonas oscuras del ser terminan ganando la partida.

En esta entrevista el escritor profundiza en algunos de los temas que aparecen en su última novela y nos habla sobre su relación actual con la literatura.

Han pasado más de quince años desde que publicaste tu primer libro de cuentos en Cuba, *Alguien se va lamiendo todo*, ¿cómo ves en este momento tu desarrollo como escritor?

He aprendido mucho, en el sentido humilde, digamos socrático. Me ha hecho bien, literariamente, establecerme fuera de Cuba desde hace diez años. He podido ver los peces desde fuera de la pecera, o acaso simplemente desde otras peceras. He conocido el mercado, la crítica internacional y el lector contemporáneo, cosas que dentro de Cuba no se conocen bien. Lo cual no quiere decir que se escriba más o mejor desde fuera, todo depende de la persona, y yo he aprendido a vivir en desarraigo, y esa falta de sentido de pertenencia quizá es lo que más me ha hecho evolucionar. Mi vida y mi letra están libres de "islamamiento".

Tus dos últimas obras han sido novelas y parece que hay otra sin finalizar. ¿Cómo llegas a la novelística? Cuando un escritor se introduce en este género ¿es más difícil seguir manteniendo el mundo del cuento?

Hay una novela, muy ambiciosa, en la que trabajo desde hace cuatro años y aun no concluye. Tengo una completamente terminada, *Las paredes tibias*, y otra igualmente acabada aunque en espera de una severa corrección, titulada *Mueran los delfines*. Sin siquiera planearlo,

se perpetuó hace poco otra novela que hace dúctil con *Las bestias*, titulada *Río Quibú*. Pero también tengo un libro de cuentos listo, que se publicará en la isla si están de acuerdo, titulado *Amores desalmados*. O sea, mantengo una activa relación con el cuento, pero creo que por ahora mis oscuras necesidades expresivas encuentran un buen terreno en la novela. En realidad no "llego" a la novela: la primera cosa que escribí en mi vida, a los dieciséis, fue una novela horrorosa sobre naufragos, paralelamente irrumpió en mí el cuento y creo que se ha dejado domar a fuerza de perseverancia. Cada novela se me aparece como un acontecimiento, y siempre se llega virgen a los acontecimientos de la vida. Pero el cuento es mi casa.

Las bestias significa tu paso a la novela negra, un género muy diferente al de tu anterior obra, *La piel de Inesa*, mucho más filosófica e intimista. ¿Qué posibilidades te ofrece la novela negra como género?

Siempre ejecuto varios proyectos simultáneamente, esto quiere decir que la novela negra no es un "paso" en ese sentido de "cambio" que suele dársele. Más que un "paso" es un "deslizamiento": en literatura, siempre opero por necesidades, y esta vez necesitaba sentir que hacía algo dinámico y violento. Desde *Black Mask*, la novela negra suele prestarle muchas cosas al escritor que quiere decir cosas que no sean estrictamente patrimonio de la novela negra; para empezar, uno de los elementos que define el género es que ya no se busca el "quién" o el "cómo" del crimen, sino el "por qué", lo cual nos lleva enseguida a las motivaciones sociales. Entonces tengo servido un territorio muy apropiado para establecer un contrapunto crítico con eso que llamamos "realidad" y con eso otro que llamamos "condición humana". En muchos casos recurrir a un género como la novela negra es como usar un caballo de Troya: mientras se entretiene al lector con ciertos ingredientes arquetípicos, le estas pasando "de contrabando" un cúmulo de significados que están en otro terreno: el de la crítica social o los conflictos psicológicos, por ejemplo. Pero este género no me interesa en sí y por sí mismo.

Se trata de una novela profundamente perturbadora, capaz de transmitirle al lector la angustia y desamparo de sus personajes, pero sobre todo atravesada por una especie de realismo difícil de aceptar como algo veraz. ¿Es verdadero todo lo que en ella se cuenta?

Desde que en las primeras líneas su protagonista se entera por un cruce telefónico que quieren matarlo, se abren los episodios de una trama kafkiana. Él está condenado como en *El proceso*, y no sabe por qué. Insisto en el término porque en Kafka todo es cierto y a la vez todo es tan cierto que resulta falso. Quiero desterrar la palabra Cuba del ámbito de mi novela y devolverle a la brutalidad de un espacio lo que tiene de símbolo para reflejar otras realidades. Mejor una frase de Pasolini: "Somos bellos, luego desfigurémonos". Las cosas que en ella cuento son veraces en la medida en que son ciertas las tramas exageradas de un cineasta como Emir Kusturika.

En *Las bestias* se incorporan diferentes géneros y se alternan varias voces narrativas. Además se insertan fragmentos de varios de tus cuentos anteriores. ¿Es en este sentido *Las bestias* un "aleph", un centro donde confluyen todos tus viajes?

La novela vino como una esfera, y me refiero precisamente a esa esfericidad del cuento de la que hablaba Cortázar. Yo estaba en Madrid recién llegado, agobiado tratando de alquilar un piso, y decidí escribir una novela en el menor tiempo posible para aliviarme. Creo que mi subconsciente o lo que fuera estaba ahí agazapado para eso, entonces la novela me saltó encima como una alimaña de la que tenía que desprenderme. Esta es una de las explicaciones de que en ella converjan tantas cosas distintas: fue un centro en el momento de escribirla, y parecía estarse escribiendo sola. Lo otro es que siempre sentí que con ella me estaba despidiendo de muchas cosas, cerrando un ciclo momentáneamente: el de la violencia, la miseria y lo esperpéntico.

Parte del argumento y algunos personajes están tomados de uno de tus primeros cuentos: "Cerdos y hombres", ¿por qué precisamente decidiste partir de ese relato? ¿En qué medida cierra la novela el ciclo de "hambre" al que pertenece este cuento?

"Cerdos y hombres" es un cuento al que le tengo particular cariño por su complejidad técnica y por lo desagradable de su trama. Esa violencia oscura, casi espeluznante, no deja de seducirme. Creo que es como un hueso negro con todo lo que ello implica, por eso me atrajo con algo de vértigo: quise entrar más en él recuperando al